

INTRODUCCIÓN

A pesar de ser más de ochocientas las novelas en las que se ha recreado la vida de Jesús de Nazaret, escaso número de ellas poseen algún valor literario y se pueden contar con los dedos de una sola mano aquéllas que dentro de esta minoría pueden considerarse obras de especial singularidad e interés. A este pequeño *manejo* de novelas pertenece *O Evangelho segundo Jesus Cristo* del escritor portugués José Saramago. De manera análoga a Gabriel Miró, Khalil Gibran o Nikos Kazantzakis, el escritor portugués se atrevió a adentrarse en un género en el cual el hecho de lograr una obra con mérito literario representa una tarea realmente compleja. Lo interesante de todos estos autores es que cada uno de ellos consiguió su propósito a través de estrategias y estilos completamente distintos y, lo que es más importante, partiendo de una relación con la creencia religiosa sustancialmente diferente. Este estudio tiene como objetivo profundizar en la lectura de la novela de José Saramago de una forma distinta a como se ha hecho anteriormente, para de esta forma establecer un nuevo criterio de valoración de la originalidad y el sobresaliente mérito literario de esta obra.

En el siglo XIX se abre un intenso debate sobre la figura del Jesús histórico y sobre el valor de los Evangelios como narraciones literales de su vida. Por un lado, las *vidas de Jesús no-noveladas*, desde Hermann Gunkel a Rudolf Bultmann y desde D. F. Strauss hasta Ernest Renan, son ensayos que pretenden integrar a la narración evangélica el debate académico sobre Jesús como personaje histórico. Por otro lado, las novelas sobre Jesús que de igual manera surgen predominantemente en el ámbito del cristianismo protestante no persiguen fines similares. La aparición de estas novelas, sobre todo en los Estados Unidos, a principios y mediados del siglo XIX, es paralela a la preocupación que se tenía en determinadas comunidades protestantes por la difusión de la lectura de la Biblia. Principalmente, el conocimiento personal del Nuevo Testamento estaba fuertemente ligado a su vez a la defensa de la salvación individual. En las primeras novelas sobre Jesús, la investigación que preocupaba a los autores de las *Vidas* era conscientemente ignorada¹. Todos estos primeros

¹ Ver Elizabeth Hurth, *Der literarische Jesus: Studien zum Jesusroman*, Hildesheim, 1993, p. 23

relatos iban dirigidos a un público que era, por otro lado, completamente desconocedor de que existiera un debate *académico* sobre Jesús. Las tramas de los textos evangélicos se ampliaban con la creación de personajes ficticios y detallaban la trayectoria de transformación de sus vidas, en su mayoría paralelas a la de Jesús. Muchas de estas novelas, tales como *Julian (or Scenes of Judea)* de William Ware, *The Prince of the House of David* del Reverendo Joseph H. Ingraham, y sobre todo, *Ben Hur* de William Wallace, gozaron de una gran popularidad, aunque el proceso de ficcionalización nunca afectaba a los episodios evangélicos. Éstos se recogían literalmente y se incorporaban a los relatos completamente nuevos que a la vez eran afines al espíritu bíblico. Para los lectores de estas novelas la mera invitación a ser partícipes de la Historia Sagrada a través de los personajes ficticios, constituye su mayor atractivo. Por ello, los autores no se ven siquiera en la necesidad de modificar con su ficción el relato canónico. Si nos fijamos en las pautas sobre las que se construyen estas narraciones, podemos apreciar que se repiten similares esquemas durante décadas, sin la introducción de cambios significativos en su construcción.

Es interesante comprobar cómo, hasta mediados del siglo XX, las reflexiones teológicas tuvieron mucho mayor calado en novelas en donde se *transfiguraba* la vida de Jesús en personajes de ficción, tales como *Emmanuel Quint* de Hauptmann, *Las uvas de la ira* de Steinbeck y en nuestro *Nazarín* de Galdós, que en las biografías noveladas sobre Jesús. El deseo de *no contrariar la tradición* en las biografías ficcionales de Jesús se daba incluso en las novelas más *heterodoxas* como las de George Moore o D. H. Lawrence. Aunque en estas novelas la manera de representar a Jesús suponía un claro enfrentamiento contra la ortodoxia cristiana, no se pretendía impugnar los relatos evangélicos.

Muchos de los juicios que se han emitido sobre *O Evangelho segundo Jesus Cristo* se hicieron en base a entenderla no sólo como un alejamiento de la historia narrada en los Evangelios sino como un enfrentamiento directo con la misma. De esta manera, se ha evaluado esta obra comparándola con novelas tales como *Live from Golgotha* de Gore Vidal o *King Jesus* de Robert Graves². En la mayor parte de las ocasiones, esta crítica a la novela de Saramago se ha concentrado en juzgar la visión del autor sobre la figura de Jesús sin tener en cuenta o sin profundizar en el *diálogo específico* que en la novela se realiza con las Sagradas Escrituras. Nuestro propósito en este estudio es el de mostrar la *particular cercanía* de esta novela de Saramago a los textos bíblicos. La referencia constante a la tradición bíblica se produce de similar forma a cómo se producía en la mayor parte de los textos apócrifos de la Antigüedad. Ésta tiene lugar incluso cuando se relatan “escenas” que no aparecen en la Biblia. Contrastaremos la forma en la que se construye este *apócrifo* moderno con los textos apócrifos bíblicos de la Antigüedad, tanto con aquéllos que se refieren al Nuevo Testamento como con los que recrean libros y episodios del

² Helena Kaufmann, “Evangelical Truths: José Saramago on the Life of Christ”, *RHM* XLVII (1994) pp. 449-458.

Antiguo. Mediante este ejercicio podremos apreciar toda una serie de matices en los que no repararon las anteriores críticas de esta obra.

Por ello, para poder juzgar desde esta perspectiva la obra del escritor portugués, es necesario primero desviar nuestra mirada tanto de la polémica religiosa como de la corriente del debate académico, como si estuviéramos leyendo una de aquellas primeras novelas sobre Jesús. Lo que es preciso es enfocarnos en el texto en sí. Para ello, en las próximas páginas, y siguiendo esta fórmula, nos acercaremos a la obra analizándola como un *evangelio apócrifo*, de una manera similar a lo que se hace con sus homónimos de la Antigüedad, prestando singular atención a su calidad de intertextualidad y a la vez exégesis de la tradición escriturística.

Otro aspecto que es conveniente dejar en claro por anticipado es que, una vez que comprobemos los paralelismos entre determinadas tradiciones *apócrifas* y esta obra del escritor portugués, esto no significará que defendamos que José Saramago las haya tomado de alguna recopilación concreta de estos textos. La literatura apócrifa antigua está tan arraigada en el folclore, el arte e incluso la catequesis cristiana que resulta innecesario que el autor recurriera conscientemente a estos escritos como fuente. Incluso, en muchos casos, es bastante probable que no reparara en la presencia de tales ecos intertextuales en su novela.

QUÉ ES UN TEXTO APÓCRIFO

Para poder apreciar el carácter de *O Evangelho segundo Jesus Cristo* como un *apócrifo moderno* resulta obligado ofrecer antes de nada una pequeña definición y explicación de qué es un relato apócrifo.

«Los apócrifos son escritos judíos y cristianos que, por su título y contenido, entroncan con los libros bíblicos, pero no han sido reconocidos por la ortodoxia judía y cristiana como inspirados y canónicos»³. Esta definición deja bastante claro el término. En primer lugar, limita la ubicación de estos escritos al ámbito cultural del Judaísmo y el Cristianismo; además, demarca su temática –la literatura bíblica– y finalmente, especifica su clasificación fuera del *canon*.

De todas formas, el término de *apócrifo* puede ir más allá de esta definición y por ello es necesario aclarar un par de cuestiones. Por ejemplo, en el ámbito del cristianismo protestante se entiende por *textos apócrifos* aquéllos que se incluyen en la Biblia de los LXX, pero no forman parte del canon hebreo. A pesar de que se aconseja su lectura, no son considerados como Palabra de Dios. En el ámbito católico, sin embargo, estos mismos escritos se conocen como *deuterocanónicos*⁴ y no como *apócrifos*.

Etimológicamente, *apócrifo* significa “libro oculto” y en la Antigüedad se atribuía este calificativo a aquellos textos que servían para *iniciar* al lector en una deter-

³ Pierre-Maurice Bogaert (ed.), *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Barcelona, 1993, p. 109.

⁴ Como reacción a las dudas de los protestantes, la Iglesia Católica en el Concilio de Trento (1545-63), los declaró sagrados y canónicos.

minada corriente de pensamiento⁵. Dentro del gnosticismo, lo *apócrifo* denomina a todos aquellos escritos *ocultos* que encierran una enseñanza *secreta* y para cuya comprensión es necesaria una previa *introducción*. En relación a esta última idea, es interesante comprobar que la connotación peyorativa que ha llegado hasta nuestros días de la palabra *apócrifo* es incluso anterior a la determinación del canon cristiano⁶ y se asocia al hecho de que la ortodoxia cristiana calificaba las doctrinas gnósticas, docetistas y maniqueas como *falsas*. En el ámbito del cristianismo, el concilio de Laodicea, a mediados del siglo IV, confirma el término de *canon* para aquellos textos tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento que se consideran *revelación divina*. Todos aquellos textos que no estuvieran incluidos en él, los *libros no canónicos*, no podrían ser leídos dentro de la Iglesia.

Por su parte, para el judaísmo antiguo, la profecía había cesado en el siglo V a. C., por lo que ningún escrito posterior podía tener la categoría de *revelado*. En el canon judío, fijado en el siglo I a. C. en Yabneh, fueron rechazados todos aquellos textos de *revelación* que se creyeron posteriores a dicha fecha, denominándolos como *hîsonîm* o “externos”⁷. Igualmente, muchos escritos como *El Libro de los Jubileos* o *El Libro de Henoc* que habían tenido en determinados ambientes de la cultura judía una enorme importancia entraron a formar parte de esta categoría⁸.

Los textos *apócrifos antiguos*, tanto los del Antiguo como los del Nuevo Testamento, son textos religiosos, escritos en momentos de una fuerte vitalidad espiritual, tanto en las comunidades judías en el periodo *intertestamentario* como en las comunidades cristianas en los primeros siglos del cristianismo. Debido a que el presente análisis es eminentemente literario, no interesa concentrarse en los aspectos religiosos de los textos apócrifos, los cuales afirman derivarse de una presunta fuente de autoridad canónica. La característica que más nos interesa en este trabajo es que estos textos eran y siguen siendo géneros narrativos que por su forma y contenido imitan, transforman y desarrollan los textos y géneros canónicos, haciendo uso de sus personajes, temas y argumentos.

Es pertinente ahora precisar una definición y primera delimitación de lo que son los *apócrifos* contemporáneos. Una de las características de nuestra cultura actual es la vigencia de una *actitud apócrifa* que se manifiesta en el deseo de reformular creencias y escritos religiosos. Fruto de ello es la continua aparición de numerosos textos que comparten muchas de las características de los apócrifos de la Antigüedad. Es considerable la variedad de textos, estilos e incluso géneros en los que aparecen

⁵ Mario Erbetta, *Gli Apocrifi del Nuovo Testamento*, Roma, 1975, p. 9.

⁶ *Idem*, p. 14.

⁷ Esta afirmación parte de la visión tradicional de la historia del canon judío. Sobre las objeciones a esta propuesta: v. e. g. Julio Trebelle, *La Biblia Judía y la Biblia Cristiana. Introducción a la Historia de la Biblia*, Madrid, 1998³, pp. 168s.

⁸ «Ningún libro apocalíptico adquirió la categoría de deuterocanónico, aunque el grupo de Qumrán atribuía seguramente al *Libro de Henoc* un estatuto similar al de un libro canónico. Algunos grupos cristianos como la iglesia de Etiopía mostraban también una clara tendencia a reconocer a este libro su carácter canónico», *idem*, p. 189.

los apócrifos contemporáneos. La división más categórica de este tipo de textos separa, por un lado, aquéllos que se presentan como *auténticos*, es decir, que pretenden tener una validez canónica y los que, por el contrario, se presentan explícitamente como obras de ficción y que como tales no poseen la intención de competir con las Escrituras Canónicas. Dentro los que se presentan como auténticos, algunos de los escritos, tales como *El Libro de Urantia* o *El Libro de Mormón*, se consideran *libros sagrados* entre sus adeptos. Otros, a pesar de tener una menor difusión o seguimiento, se presentan igualmente como *textos revelados* por divinidades o por entidades celestiales. Por último, otros textos que incluimos también en este grupo defienden su autenticidad a través de una pretensión de antigüedad y de autoría de parte de un testigo directo contemporáneo a los sucesos que se narran⁹.

De igual forma, las narraciones apócrifas que nos interesan en el presente análisis –aquéllas que se presentan directamente *como ficciones*– se pueden clasificar tanto según su género o subgénero literario¹⁰, según la selección de relatos canónicos en los que se basan¹¹ o por el tipo de relación intertextual que guardan con sus fuentes.

JOSÉ SARAMAGO COMO *ESCRITOR APÓCRIFO*

La sinopsis de *O Evangelho segundo Jesus Cristo* podría ser la siguiente: Jesús, el protagonista, es un hombre elegido por el dios de los judíos para ser la *pedra angular* de un plan de expansión de su dominio. Con este proyecto, el hasta entonces modesto monarca divino se propone sacar a su reino de los estrechos márgenes de control a los que hasta el momento se había limitado y convertirlo en universal y, por lo tanto, *católico*. Para llevar a cabo este plan, el soberano necesita el sacrificio de Jesús, quien es también su hijo. Culpa y Alianza, como si se trataran de una sola palabra, son los conceptos que se entretienen y dirigen la acción de esta novela que se desarrolla desde la concepción, milagrosa y a la vez natural de Jesús de Nazaret, hasta su muerte-suicidio-asesinato en la Cruz.

José Saramago, en una entrevista recogida por la revista *Quimera*¹², afirma que escribir una novela sobre la vida de Jesús fue un hecho completamente fortuito¹³, un

⁹ Existen casos en donde el límite entre estos textos y las “novelas de ficción” es realmente *relativo* y en los que haría falta entrar en un debate sobre la propia consideración de la palabra y el concepto de “ficción”. Para una división más detallada y una extensa bibliografía ver Francisco Peña Fernández, “Apócrifos contemporáneos: novelados, revelados y encontrados”, *Ilu* 5 (2000) pp. 217-246.

¹⁰ Narrativa, teatro, poesía; novela de aventuras, cuentos infantiles, etc...

¹¹ Apócrifos del Nuevo Testamento, apócrifos del Antiguo Testamento; relatos de la Pasión, historias sobre la infancia de Jesús, etc...

¹² Nuria Felipe y Carmen F. Recuero, “El evangelio según Jose Saramago”, *Quimera: Revista de Literatura* 111 (1992) pp. 60-63.

¹³ «...a causa de algo que podríamos llamar una ilusión óptica. Hace unos cuatro años, en mayo del 87, yo estaba en Sevilla. Allí solía ir a un quiosco de periódicos muy cerca de la calle Sierpes. Un día, atravesando la calle creí ver un libro llamado *El Evangelio según Jesucristo* y además en portugués, cosa nada razo-

proyecto que sin la intervención de la casualidad no hubiera emprendido nunca. A pesar de ello, no es muy difícil especular sobre lo que finalmente impulsó al novelista portugués a comenzar la escritura de un *evangelio apócrifo* si nos acercamos a sus trabajos anteriores. Es cierto que este autor, tanto por los temas como por los géneros y conceptos que se reflejan en su narrativa, difiere de la inmensa mayoría de los escritores que deciden reconstruir en un relato de ficción la historia evangélica. Sin embargo, existe una serie de aspectos en su obra anterior que sin duda apuntaban claramente a que la creación de este *apócrifo* tan sólo necesitaba de un ligero golpe de la casualidad.

Un primer aspecto es el interés por temas religiosos, sobre todo alrededor de cuestiones que implican un juicio del papel del cristianismo en la historia de Occidente¹⁴; esta voluntad se manifiesta en novelas como *Levantado do Chão* o *Memorial do Convento* y en dramas como *Segunda vida de Francisco de Assis* o *In Nomine Dei* –posterior al *Evangelho segundo Jesus Cristo*–. La religión es observada por el autor portugués desde un enfoque crítico; uno de los aspectos recurrentes en sus novelas es mostrar a sus lectores el peso e importancia que las creencias religiosas han tenido a lo largo de la historia. En las novelas de Saramago, se puede adivinar muy claramente un reproche hacia lo religioso en sus repetidas condenas a la idea de un Dios omnipotente que persiste en su pasividad ante las desgracias de los hombres, así como también a la Iglesia Católica como aliada permanente del poder. El segundo aspecto, el cual podríamos considerar bastante más *apócrifo*, es la forma en la que Saramago emprende la recreación de épocas pretéritas. Ésta, que se podría denominar su personal perspectiva historiográfica se refleja en sus anteriores *novelas históricas* y se examinará en detalle en el primer capítulo del presente estudio.

Sin embargo, el elemento en el que más se aproxima la literatura de Saramago a la literatura apócrifa antigua, cuyo análisis ocupará la mayor parte de este libro, es la utilización de material bíblico con la intención de crear un relato con un argumento *nuevo* y diferente. Como podremos ver, el autor lo hace siguiendo unas pautas que podríamos calificar plenamente como *derásicas*, ya que realiza una exégesis de las fuentes bíblicas a las que se remite y por ello guarda una gran similitud formal con la literatura apócrifa antigua. Esta hermenéutica pretende una *nueva* lectura de la Biblia haciendo uso de su propio *lenguaje*. Al igual que la literatura *derásica* judía, rellena toda una serie de huecos a la vez que reinterpreta el conjunto de las Escrituras, eliminando conscientemente ciertos pasajes y siguiendo un criterio coherente en miras de un objetivo concreto. Saramago actualiza el sentido de la Biblia, llevando a cabo una lectura personal de la misma. La complementación o ampliación de los hechos de forma imaginativa, al igual que en la literatura hermenéutica,

nable en aquel lugar. Entonces volví hacia atrás para verificarlo y vi que evidentemente no era verdad, que había sido una ilusión óptica. Pero poco a poco fui pensando en ello y al cabo de cuatro años ha resultado un libro de 450 páginas que no pensaba hacer.», *idem*, p. 60.

¹⁴ «...es completamente idiota decir que yo soy ateo y que, por tanto la religión no me interesa. Por el contrario, yo diría que soy ateo y por eso la religión me interesa.», *ibid*.

busca interpretar el texto bíblico a través de la elaboración de un *midrás* narrativo¹⁵ dentro de una forma plenamente *apócrifa*.

Este aspecto lo iremos iluminando al detenernos también en algunas características que esta novela comparte con el género apócrifo: la forma de utilizar los referentes tanto bíblicos como parabíblicos, el diseño de los personajes y los particulares matices que adquieren los símbolos.

Para finalizar, abordaremos el que consideramos el tema principal de la novela, la ya citada relación entre Alianza y Culpa.

¹⁵ Se entiende como Midrás el conjunto de comentarios judíos de las Escrituras basados en exégesis, parábolas y leyendas haggádicas. Dentro de las diferentes modalidades genéricas de este tipo de comentario, el libro de Saramago podría considerarse como un midrás narrativo perteneciente a la categoría de *encubierto* o *invisible*, ya que ni el texto ni la idea ni la técnica son abiertamente expuestos.